Alfonso Reyes y la Argentina

Aproximación a la Argentina

Vida y literatura están unidas íntimamente en Alfonso Reyes. Supo discernir muy bien las formas diversas en que ambas se mezclan y, además, todas sus obras guardan una relación estrecha con las circunstancias distintas de su biografía, cuyo conocimiento sirve para captar la significación más profunda de aquéllas. Como ha escrito Ernesto Mejía Sánchez: «La vida y la propia vida sí han quedado de idéntica manera firmemente impresas en la obra. Y esto es tan cierto que el mismo Reyes lo vivió como problema personal» [1].

Como él mismo decía, pensaba con la pluma, es decir, vivía en función de la literatura, y los capítulos diversos de su vida forman el marco de sus obras, cualesquiera fueran su género y asunto. París, España, México e Hispanoamérica son etapas de una trayectoria que Reyes recorrió intensamente, por lo cual todo lo que se refiera a dicha biografía es relevante para el análisis y comprensión de su obra.

Desde este punto de vista, sus relaciones con la Argentina revisten interés particular y nuestra contribución a su estudio consistirá en examinar, primero, las vinculaciones de Reyes con los autores y los libros argentinos en el marco de sus varias residencias en este país; en segundo lugar, consideraremos lo que significó esta experiencia para la personalidad del escritor, su pensamiento y su obra. Nuestro enfoque, pues, atenderá al desarrollo de su biografía pues estimamos que, de este modo, se pueden apreciar mejor las alternativas de esta relación.

Aunque Reyes no escribió sus memorias, dejó numerosos textos autobiográficos, con los cuales pensaba reconstruir el relato de su vida [2]. Dichos textos, sumados a sus cartas, nos permiten asomarnos al proceso de su formación intelectual y, sobre todo, a lo que fueron sus lecturas primeras, de tanta importancia para la educación literaria.

[1] *Ernesto Mejía Sánchez, «La vida en la obra de Alfonso Reyes»,* Humanitas *(Nuevo León), 2 (1961), p. 358.*

[2] *Es enorme la cantidad de referencias autobiográficas que se hallan en las obras de Reyes. Una útil organización de las mismas fue hecha por Alicia Reyes,* Genio y figura de Alfonso Reyes *(Buenos Aires: EUDEBA, 1976), que aprovechamos para nuestro trabajo. Para la bibliografía: la más completa, hasta ahora, es la de Paulette Patout en* Alfonso Reyes et la France, *reseñada más adelante en la nota 5 y Alfonso Reyes,* Antología general. Edición de José Luis Martínez *(Madrid: Alianza Editorial, 1986). En cuanto a las obras de Reyes, utilizamos las* Obras completas *(México: Letras mexicanas-Fondo de Cultura Económica, 1955-1981) XXI tomos, que en adelante sólo mencionamos con la sigla OC, seguido del número romano correspondiente al tomo y el de la página citada. Sin embargo, como aún no han sido incorporados a las mencionadas OC, también hemos consultado los artículos en los cuales Reyes hizo «la historia de mis libros», en* La Gaceta, *del Fondo de Cultura Económica, en la* Revista de la Universidad de México, *en* Armas y letras *y en muchos otros libros de recuerdos literarios y políticos.*

En ninguno de estos testimonios se refirió, en forma especial, a libros y autores argentinos, cuya importancia, sin duda, era inferior a la de las obras maestras, clásicas y modernas, que se suelen utilizar como base de una formación general, en la infancia y la juventud. Sin embargo, no debe descartarse que leyera a algunos de los poetas del romanticismo argentino que habían alcanzado cierta fama, fuera de los límites de su patria, como por ejemplo, Rafael Obligado, a quien se refiere en uno de sus escritos juveniles[3].

Sus años de formación fueron de intensa lectura y en el caudal de los libros que devoró desde su infancia es posible que diera con algunos títulos argentinos; conjetura que se convierte en seguridad cuando llega el riquísimo capítulo del modernismo, donde es inevitable encontrarse con poetas como Leopoldo Díaz y Leopoldo Lugones. Pero carecemos de toda indicación precisa hasta los primeros años del siglo XX, cuando aparece un signo de advertencia. En una de las cartas que escribió a su amigo y guía, el humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña —correspondencia de importancia capital para el estudio de ambas personalidades—, el 31 de enero de 1908, Reyes le contaba: «He visto hace poco una voluminosa revista argentina, muy seria, hecha por la juventud. Se titula *Nosotros*»[4]. El mexicano tenía, entonces, 18 años y ya había definido una conciencia firme de la función que le cabía a la juventud en la renovación intelectual de México. Es comprensible, pues, su interés por *Nosotros,* que bajo la dirección de los críticos Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi, había comenzado a publicarse en Buenos Aires en agosto de 1907, también como signo del cambio generacional y literario argentino.

Otra prueba de la influencia de *Nosotros* en México está en el hecho de que, tiempo más tarde, algunos jóvenes escritores vinculados con Reyes publicaron una revista que también llamaron *Nosotros* y que apareció entre 1912 y 1914.

En París

El primer contacto de Reyes con los escritores argentinos tuvo lugar en 1913, cuando llegó a París iniciando su carrera diplomática. Francia, y más concretamente París, era un centro de atracción para los hispanoamericanos y, desde luego, para los escritores que buscaban incorporarse al movimiento cultural que de allí irradiaba. Ya es conocido el carácter que tuvo esta relación de los americanos con París, profundizada, si cabe, a partir de Rubén Darío y el modernismo. Poetas, narradores, periodistas, políticos y diplomáticos acudían a esa ciudad tras la fama o la trascendencia, que únicamente parecía dispensarse desde París.

El primer nombre argentino que menciona Reyes, cuando llegó a París en agosto de 1913, es el del novelista Enrique Larreta, cuya obra *La gloria de Don Ramiro* (1908) había logrado una gran fama en las letras hispánicas. Larreta era una personalidad social y política y el gobierno argentino lo había hecho embajador en París (1910-1916),

[3] Don Victoriano Agüeros, *en OC, I, 285.*

[4] *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña,* Correspondencia I 1907-1914. Edición de José Luis Martínez *(México: Fondo de Cultura Económica, 1986), 75.*

donde descollaba como hombre de mundo y fortuna, con lucimiento en el medio diplomático.

La pomposidad y el empaque de Larreta no armonizaban con el temperamento de Reyes y mucho mayor fue la impresión que le produjo el poeta Leopoldo Lugones, quien se hallaba en París con el propósito de editar, en francés, su *Revue Sudaméricaine,* que apareció, efectivamente en 1914 para interrumpirse por el estallido de la Gran Guerra[5].

Lugones, mayor que Reyes, estaba en el apogeo de su gloria literaria y venía de regreso de una experiencia política socialista. Su inteligencia está pletórica de ideas y proyectos y tanto por sus rasgos de carácter —vigoroso, afirmativo, emprendedor—, como por las dotes de su genio literario, Lugones cautivó al joven mexicano, quien ya conocía su obra por tratarse de uno de los primeros poetas modernistas y por haberse difundido entre las nuevas promociones de escritores mexicanos.

Había una gran diferencia de temperamentos entre ambos y tanto Lugones como Reyes representaban muy bien los rasgos típicos de argentinos y mexicanos. No era una ecuación fácil de resolver y estas características han sido, muchas veces, un inconveniente para una relación cordial entre los nacionales de ambos países, tan definidos en la América hispánica. Pero por sobre las diferencias y matices, las personalidades de los dos escritores superaron estas circunstancias y la amistad surgió de inmediato.

En otra carta que Reyes escribió a Henríquez Ureña, el 6 de diciembre de 1913, se reflejaba la impresión que le causó el conocimiento de Lugones:

> ...Es el hombre más llano y natural del mundo, y está convencido de que todo amaneramiento delata una carencia fundamental de cultura. Odia la ignorancia y desdeña a los poetas que no saben escribir *bien* en prosa. Es muy culto. De cuerpo regular, más bien alto. Sólo bigotes. Espejuelos. Acento argentino. Contento, orgulloso de su patria como problema *étnico;* en él he aprendido el orgullo de no tener problemas de *raza.* Bernard Shaw simpatizaría con su modo de ver. Todo mexicano suficientemente desinteresado sacará provecho de hablar con un argentino; es una perspectiva opuesta.[6]

Reyes encontraba realizados en Lugones algunos de los caracteres que él pensaba que debían completar la personalidad hispanoamericana. Abierto al enriquecimiento de lo distinto, no le molestaba que Lugones fuera tan diferente. Así, por ejemplo, elogia su llaneza, tan opuesta a la figura convencional del literato, y advierte que la posesión de una cultura auténtica y el dominio de la prosa son una ventaja superior, frente al poeta

[5] *El tema ha sido muy bien estudiado por Emilio Carilla,* La revista de Lugones (La «Revue Sud-américaine»), *en su:* Estudios de literatura hispanoamericana *(Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977), pp. 259-285. Para las etapas biográficas de Reyes en París hemos utilizado la obra de Paulette Patout,* Alfonso Reyes et la France; Les rapports de cet écrivain et diplomate mexicaine avec la France et les Français au Mexique, et au cours de ses différents séjours en France, en Espagne, en Argentine et au Brésil *(Lille: Université III, 1981). Se trata de la tesis doctoral de la autora, presentada en la Université de Bordeaux III en 1977. Es una obra monumental, completa en su información y documentación, pero sobre todo escrita con una compenetración fina y honda del personaje y su tiempo. La misma autora ha preparado: Valéry Larbaud-Alfonso Reyes,* Correspondance 1923-1952; Avant-propos de Marcel Bataillon. Introduction y notes de Paulette Patout *(Paris: Librairie Marcel Didier, 1972), con la cual se completa el tema, sobre todo en relación con Larbaud. Para el estudio de una visión general, es de imprescindible consulta otra obra, excelente, de Sylvia Molloy,* La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XXe siècle *(Paris: P.U.F., 1972).*

[6] *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña,* Ob. cit., *pp. 232-233.*

satisfecho con el dominio de un solo aspecto de la creación literaria. Lugones, quería decir Reyes, es todo lo contrario de esa figura menor que es el «poeta sudamericano», ignorante, pomposo y complacido con la limitación de su pequeña parcela literaria.

Además, Lugones no se lamentaba de ser americano y para un mexicano como Reyes, hijo de un pueblo en cuya condición la raza es un elemento esencial, el orgullo de superar el problema étnico afirmando la personalidad propia fue una lección de vida y cultura.

Reyes explicaba a su amigo dominicano que Lugones y él habían hablado de derecho, de pedagogía y de muchas cosas que no eran sólo la literatura; y se enorgullecía de que el argentino mantuviera esta conversación con él, como prueba de que apreciaba la índole de su inteligencia. Un libro de poesía, decía, se habría obsequiado a cualquier admirador y Lugones, por el contrario, lo había distinguido con el regalo de su libro *La reforma educativa* (1903). Lugones, en suma, escribía Reyes:

> Es una hombre de todos los instantes, tiene cien mil aspectos, todos robustos y grandes. Me parece que todo americano tiene la obligación de imitar su energía y fecundidad. A Europa no le podemos hacer ningún bien; pero a nuestras pobres tierras americanas, sí. Y, para eso, hay que saber, como él, ser poeta y pedagogo (nunca ha querido ser profesor, sino director de enseñanza), historiador y periodista, erudito e imaginativo y socio de la *Bourse* de París.

Finalmente, le describía las lecciones que Lugones le había dado en materia de métrica latina, sobre la base de las *Geórgicas* de Virgilio:

> Lugones es un intuitivo formidable, lee los hexámetros con canto de cura de iglesia (y el canto llano de iglesia es, con muchas probabilidades de verdad, el ritmo de la métrica antigua) y el resultado es perfecto.

Henríquez Ureña respondía al entusiasmo juvenil de Reyes con pareja admiración. Es el único poeta de hoy pariente de Góngora, le escribía, y agregaba que en México se lo admiraba «desaforadamente» y sólo era de lamentar que no se lo conociera bastante.

Esta primera reacción, sin embargo, se atemperó más tarde. Aunque Reyes y Lugones establecieron una buena amistad, alimentada por los intereses literarios que ambos compartían, las cosas no fueron fáciles entre el joven ensayista mexicano, que apenas se había iniciado en literatura con *Cuestiones estéticas* (1910), editado por Ollendorff en París, y el poeta argentino en plena expansión cultural.

En el comienzo de esta relación no hay rastros de desavenencias. Lugones lo invitaba a concurrir a la redacción de la *Revue Sudaméricaine,* le pedía libros —como *El cascabel del halcón,* de Enrique Banchs—, le solicitaba direcciones mexicanas para el intercambio de su revista y le transcribía y comentaba los juegos de palabras y o glosolalias infantiles, que Reyes llamará más tarde «jitanjáforas» [9].

[7] Ibídem, *p. 233.*

[8] Ibídem, *p. 234.*

[9] *Cfr. la carta que Reyes dirigió a Lugones en París, en 1914, en Ángel J. Battistessa, «Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes (Documentos para la historia de una amistad)»,* Boletín de la Academia Argentina de Letras *(Buenos Aires), pp. 155-156 (ene-jun. 1975), 9-37.*

Pero Reyes no colaboró en la *Revue Sudaméricaine* y cuando escribió a Henríquez Ureña, el 29 de junio de 1914, no titubeaba en estampar un juicio muy distante del deslumbramiento primero:

> Lugones, si no se fue ya, pronto se irá a la Argentina, derrotado. Su *Revista* iba que corría al tipo *Revue de Deux Mondes* (¡de que ya Flaubert se burlaba!). Lastimó a todo el mundo con su incorregible argentinismo. [10]

En otra carta posterior —del 14 de julio—, contaba a Henríquez Ureña que le había trasmitido su elogio a Lugones y que éste conocía al dominicano; agregaba que seguía sin saber si Lugones se había marchado y el 28 de julio lo confirmaba rotundamente:

> La *Revue Sudaméricaine* sale este mes por última vez. ¡Oh derrota (de toda lucha por lo infinito)! [11].

Esta amistad no tuvo un final abrupto, como luego se verá, pero cabe señalar el carácter de esta primera aproximación directa de Reyes a los argentinos, por lo menos a través de un ejemplar singular como Lugones. Habrá que recordarla como pauta de una vinculación con la Argentina en la cual se definirán mejor los encuentros y desencuentros.

En España

Al estallar la Primera Guerra Mundial, como se sabe, Reyes se vio obligado a radicarse con los suyos en España, donde residió desde septiembre de 1914 hasta mayo de 1924. Diez años de tareas que le otorgaron su madurez literaria y donde tuvo oportunidad de volver a relacionarse con la Argentina y los argentinos.

Escritor por vocación pero también por obligación, Reyes emprendió toda clase de trabajos editoriales y periodísticos y, desde Madrid, siguió la marcha de la producción bibliográfica hispanoamericana y de los diarios y revistas que más le interesaban. En Buenos Aires, los diarios *La Nación* y *La Prensa* publicaban —y pagaban— las colaboraciones de escritores españoles e hispanoamericanos y algunos, como Unamuno, Azorín, Maeztu, Baroja o Pérez de Ayala, figuraban regularmente en sus páginas.

Reyes hizo, pues, gestiones para publicar en la Argentina e interesó a su compatriota el poeta Amado Nervo, que representaba a México en España, para colaborar en *Caras y Caretas,* una revista muy difundida en el mundo hispánico y donde habían colaborado firmas de hispanoamericanos, desde Darío y Rodó hasta las promociones más jóvenes.

Es de suponer, entonces, que leyó a escritores argentinos que eran conocidos en España a través de dichos diarios y revistas y de algunas editoriales de Madrid. También se deben acreditar los consejos de Pedro Henríquez Ureña, muy atento siempre a todo lo que se publicaba en la América hispánica y, desde luego, en Buenos Aires. Así, por

[10] *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña,* Ob. cit., *p. 374.*
[11] Ibídem., *p. 416.*

ejemplo, recomendaba a Reyes que leyera la *Revista de filosofía* que editaba en Buenos Aires José Ingenieros; el mexicano, que estaba inmerso en el tráfago periodístico y literario, le contestaba en carta del 14 de noviembre de 1917:

> Leeré lo que me indicas de Ingenieros. Ahora tengo que leer cuantas revistas hay en el mundo. [12]

Desde su llegada a Madrid, Reyes había trabado relación con las figuras más notables de la vida intelectual española. Tuvo amigos, colegas y maestros, durante esos años que, a pesar de las penurias de los primeros tiempos, recordaría siempre como los más hermosos de su vida. En ese ambiente de pensamiento y literatura, José Ortega y Gasset ocupaba un lugar central, tanto por su obra filosófica y literaria como por la significación política de sus ideas.

Ortega acogió con simpatía al joven escritor mexicano. Le encargó trabajos editoriales y lo llevó a escribir a *El Sol,* el gran diario madrileño. Reyes, por su parte, retribuyó este gesto con un reconocimiento amplio y sin retaceos del magisterio de Ortega.

Pero en 1916 el filósofo viajó a Buenos Aires y volvió entusiasmado por la acogida que le habían hecho los argentinos, que no regatearon el homenaje a quien consideraron como una de las personalidades más importantes de ese tiempo.

En 1917 y en el prólogo del segundo tomo de *El Espectador,* Ortega elogió cordialmente a la Argentina: era un país que sabía reconocer las jerarquías —escribía— y su pueblo era más perspicaz, curioso y capaz de emoción que los mismos españoles. En la Argentina, Ortega veía alborear una España mayor y más nueva y concluía: «Buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires» [13].

Reyes reaccionó dolido con la actitud de Ortega. No conocía la Argentina y no rebajaba los motivos que aquél tenía para elogiarla del modo como lo había hecho. Pero no aceptaba que toda la América hispánica se redujera a la Argentina; temía que la fuerza y el brillo de los textos orteguianos desfiguraran la imagen de una América que era más compleja y variada que lo revelado por la faz de un único país.

Con respeto y cortesía, como correspondía al reconocimiento del magisterio de Ortega y aunque sabía que éste era muy sensible a las objeciones, Reyes no vaciló en manifestar su disentimiento en una nota que publicó en 1917. Sostuvo entonces que, cuando Ortega viajó a la Argentina, atravesaba una crisis personal motivada por la reacción negativa que muchas de sus ideas habían provocado en España. En esa búsqueda de un ideal por tierras americanas, había mucho despecho hacia su propio país y unas ansias de reconocimiento. Así «podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió América» [14].

Reyes se alegraba del hecho y sólo lamentaba que ese descubrimiento conllevara la impaciencia y el dolor por la propia España; pero, sobre todo, ¿podía reducirse la América hispánica a la Argentina?:

[12] *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes,* Epistolario íntimo (1906-1946). Tercer tomo. Recopilación de Juan Jacobo de Lara. *(Santo Domingo: Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1983), p. 65.*

[13] *José Ortega y Gasset,* El Espectador-II (1917). *En su:* Obras Completas. Tomo II. *(Madrid: Alianza Editorial- Revista de Occidente, 1983), p. 131.*

[14] *A. R.,* Apuntes sobre José Ortega y Gasset, *en* OC. *IV, 261.*

...Su visión de América es más bien gozosa, pero es más bien limitada. La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: «gracias, muchas gracias»; o muchas «muchas Gracias», con mayúscula, que aquí da lo mismo. Si aquel personaje de Heine cantaba «Tirilí-tirilí», al oír hablar de un viaje a Italia, yo sé de muchos que, al hablar de un viaje a la Argentina, rompen a gritar: «Gracias, gracias». [15]

Reyes pensaba, pues, en una América más compleja, en la cual era urgente precisar lo que correspondía a la historia y lo que estaba reservado al futuro. Dialéctica planteada desde los comienzos de la vida independiente de las naciones americanas, y que las formas modernas de la sociedad, la política y la cultura todavía no habían sido capaces de solucionar con una integración armónica.

Reyes recordaba sus diálogos con Lugones en París y la reconvención del poeta argentino a los mexicanos que se ataban demasiado a sus tradiciones históricas y a sus diferencias raciales, mientras que la Argentina apuntaba al porvenir, como los Estados Unidos y Australia, sin cuidarse de si tenían o no historia.

Con el equilibrio que le daba su formación clásica, Reyes había logrado un firme sentido de la historia y sus tradiciones. Abrazaba un liberalismo progresivo en política, pero lo enraizaba en el pasado. México atravesaba entonces los años terribles de la Revolución de 1910, que continuaba arrasando hombres, bienes, instituciones e ideas, sin que se vislumbrara el final de la tragedia. Ortega desconocía esa otra faz de la realidad hispanoamericana y Reyes se preguntaba:

Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y juega; ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida. [16].

Este reproche mostraba la visión honda y dramática que Reyes tenía de la que llamaba, con palabras de Martí, la América nuestra, y que su sensibilidad para los valores estéticos tenía una correspondencia exacta en la severidad y la valentía de su estimativa moral. Pero a pesar de que la envolvió en una extremada discreción, no se ocultaba la ironía con que reconvenía lo que consideraba un entusiasmo ingenuo y desprevenido de Ortega, motivado, en lo profundo, por la satisfacción personal ante el homenaje argentino; todo lo cual había impedido al filósofo conocer, en toda su integridad, la realidad trágica de América.

Ortega supo, naturalmente, del disenso del mexicano y aunque no cambiaron palabras ni aclaración alguna, la relación entre ambos se enfrió. La flecha de Reyes quedó

[15] Ibídem., *pp. 262-263.*

[16] Ibídem., *p. 263.*

vibrando en el flanco que Ortega había dejado al descubierto y allí se generó un resquemor tácito que, como veremos, reaparecerá años más tarde[17].

Regreso a París

En 1920 Reyes fue reincorporado al servicio diplomático de México y a fines de 1924, y mientras todavía estaba en España, surgió la posibilidad de que se lo trasladara a Buenos Aires, donde la legación se transformaría en embajada, con Reyes como el primer embajador. Pero el tema se demoró y, finalmente, fue designado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en París, función de la cual se hizo cargo en diciembre de 1924. Comenzaban los que José Luis Martínez ha llamado «los años mundanos, de 1924 a 1938» y que son los de su actividad diplomática más intensa[18].

Mientras Reyes vivió en Francia —y ya como una personalidad literaria consagrada—, amplió, si cabe, su relación con los escritores hispanoamericanos que, como siempre, se congregaban en París, donde había tomado vuelo el fomento de las relaciones entre Francia y «l'Amérique Latine», como uno de los aspectos de la política exterior francesa, después de la Guerra Mundial.

Reyes proseguía con la idea de colaborar regularmente en las revistas y diarios argentinos, siempre bajo el consejo de Pedro Henríquez Ureña, quien se había instalado en la Argentina en 1924 y comenzaba a recorrer los laberintos académicos, literarios y editoriales, mientras orientaba a Reyes sobre la mejor manera de escribir en *La Nación, Nosotros, Proa* y *Valoraciones*[19].

Como diplomático, Reyes mantenía vinculaciones con otros colegas hispanoamericanos; con el embajador de la Argentina, Federico Álvarez de Toledo, llegó a proyectar un programa de intercambio comercial que desarrollaría cuando fuera destinado a la Argentina, como ya estaba planeado. También recogía informes y noticias sobre este país, para lo cual aprovechaba su amistad con los escritores franceses vinculados con la Argentina. Tal era el caso de Jules Supervielle, el poeta francouruguayo que solía pasar largas temporadas en Montevideo y Buenos Aires. Supervielle estaba muy bien relacionado con los ambientes intelectuales de la capital argentina, donde hasta ejercía cierto magisterio sobre las promociones de escritores. Otro gran escritor francés que tenía conexiones argentinas era el poeta y novelista Valéry Larbaud, que se hizo amigo de Reyes y, como Supervielle, le trajo las noticias de un brillante narrador y poeta argentino: Ricardo Güiraldes, quien solía pasar temporadas largas en Francia, junto a su esposa Adelina del Carril. El azar de los viajes impidió el encuentro personal de Reyes y Güiraldes, pero el conocimiento de la personalidad y la obra del argenti-

[17] *Para el estudio de las relaciones entre Ortega y Reyes, es indispensable la consulta del libro de Bárbara Bockus Aponte,* Alfonso Reyes and Spain. His dialogues with Unamuno, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna *(Austin, University of Texas Press, 1972).*

[18] *José Luis Martínez,* Introducción a A. R., Antología... *ya cit., 12.*

[19] *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes:* Epistolario íntimo (1906-1946), *tercer tomo, recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña», 1983, págs. 290/293.*

no y, sobre todo, de la estima en que se le tenía en los medios literarios franceses, fueron adquisiciones de Reyes durante esta residencia en París[20].

El prestigio de Reyes y esta simpatía por el lejano país que aún no conocía directamente, explica que participara en el homenaje a Paul Groussac, viejo escritor francés radicado en la Argentina, donde había llegado a convertirse en un maestro de la prosa castellana y director de la Biblioteca Nacional. En el acto, que se realizó en la Sorbona el 25 de noviembre de 1925, Reyes pronunció un discurso celebrando la significacion de Groussac como un espíritu universal que había buscado la concordia entre los hombres, por encima de las limitaciones de lenguas, países y culturas, sin que ello representara perder las raíces ni la casta. Dijo entonces Reyes:

> Es un precursor de la concordia. Pero —¡cuidado!— con su decoroso nombre de familia bien grabado en el corazón. El descastamiento es como una caída, hijo ciego de la gravedad. La conciliación de ambientes, el equilibrio superior que ascienden desde la pequeña verdad de campanario hasta la verdad universal —saltando, con todo respeto, por encima de los prejuicios, útiles para muchos—, es un empeño varonil en que los más débiles se queman.[21]

Este elogio encerraba una percepción de su propia actitud integradora, también abierta a la comprensión plural de lenguas y literaturas de Europa y América.

Otro centro de relaciones culturales era la librería de Adrienne Monnier, que frecuentaban Larbaud, Supervielle y argentinos como los Güiraldes, Eduardo Bullrich y Victoria Ocampo, la gran escritora empapada, como muchos de sus compatriotas, de literatura francesa. También Reyes acudía con asiduidad, en sus recorridas por las librerías de París, uno de los hábitos entrañables que adquirió durante su larga residencia en Europa y que conservó toda su vida.

También se relacionó con un curioso personaje argentino: Emilio Lascano Tegui, poeta y ensayista que se hacía llamar «el Vizconde» y que entre otros libros era autor de *De la elegancia mientras se duerme* (1923). Había logrado quedarse en Francia como conservador del Museo de San Martín, situado en Boulogne-sur-Mer y animaba con su chispa a la colonia argentina e hispanoamericana de París, a cuya vida literaria estaba, de algún modo, incorporado.

Otra amistad fue la de Alejandro Sux, seudónimo de Alejandro Maudet, poeta y periodista argentino que residió muchos años en París, donde fue secretario de Rubén Darío y colaborador de la revista de éste, *Mundial.* De entusiasmos libertarios en su juventud, Sux fue un animador de la obra de los hispanoamericanos en Europa y representó a diarios como *La Prensa,* de Buenos Aires. En ese tiempo dirigía en París la «Maison des grands journaux iberoaméricaines» y Reyes utilizó sus servicios para la propaganda de la política mexicana, cuyo prestigio había sido afectado por los desórdenes que tenían lugar en aquel país. Sux representaba a *El Nacional* de México y Reyes le hizo viajar y escribir artículos en defensa de la política del presidente Plutarco Elías Calles.

Muchas circunstancias aproximaban, pues, a Reyes a las cosas argentinas, pero lo que más pesaba en su ánimo era el conocimiento que tenía del movimiento renovador que se operaba en la literatura de Buenos Aires, bajo el patrocinio y magisterio de Ricardo

[20] *Cfr. P. Patout,* Ob. cit., *pp. 267-273.*

[21] *A. R.,* Homenaje a Paul Groussac (1925), *en* OC. *IV, 458.*

Güiraldes. Como lo señala Paulette Patout, es posible que Reyes alentara una «secreta envidia» por esos países ricos del Río de la Plata que no habían conocido la guerra ni la revolución, y que experimentara

> esa atracción un poco mítica que esos países lejanos y tan diferentes de su México natal, comenzaban a ejercer sobre él. Sobre todo después de la guerra, Reyes pensaba que en todos los niveles el interés de las diferentes repúblicas de América estaba en la unión.[22]

Al comenzar 1927, Reyes supo que concluía su embajada en Francia y que su nombramiento en Buenos Aires era inminente. El mes de marzo estuvo dedicado a las despedidas de París y en uno de los banquetes el vizconde Lascano Tegui le dedicó un simpático poema humorístico. En junio ya se hallaba con su familia en México y se enteró de que el cargo de Buenos Aires sería elevado al rango de embajada cuando él tomara posesión del mismo. El 3 de junio partieron los Reyes hacia Monterrey — cuna de su familia—; de allí pasaron a New York para embarcarse y llegaron a Buenos Aires el 1 de julio de 1927.

En Buenos Aires

Reyes llegaba a la Argentina con una mezcla de decepción, interés y curiosidad. Lamentaba no haber regresado a España, como era su deseo sincero, ya que estaba en la plenitud de su carrera literaria y el ambiente madrileño lo consideraba uno de los suyos en un lugar destacado. La posibilidad de escribir y, sobre todo, de publicar, se ofrecía en Madrid mucho más propicia que en ninguna otra parte.

Lo que sabía de los argentinos y de parte de su literatura incitaba su curiosidad por el país que había producido un movimiento renovador con personalidades como Lugones y Güiraldes. También contaba con las opiniones favorables de Supervielle y Larbaud, a lo cual había que sumar su propia experiencia con los argentinos conocidos en París, aspecto que si bien no arrojaba un saldo demasiado positivo, en razón de las diferencias de talante y actitud con los mexicanos, tampoco había resultado del todo negativo.

La Argentina a la que llegó Reyes en 1927 atravesaba una etapa histórica relativamente exitosa. En el orden político, se vivía en la plenitud de la república liberal y democrática. Desde 1916, cuando se produjo la apertura a la participación popular, mediante el sufragio universal sin fraudes ni limitaciones, se venía advirtiendo una renovación tanto en la clase política como en otros aspectos de la sociedad. Se vivía una transformación social como resultado del ascenso al poder de la Unión Cívica Radical, encabezada por su líder, Hipólito Yrigoyen, a quien había reemplazado en la presidencia otro radical, Marcelo T. de Alvear. Este gobierno, iniciado en 1922, se desarrollaba pacíficamente, las instituciones funcionaban regularmente y una bonanza económica permitía extender los beneficios de la riqueza del país hacia sectores cada vez más vastos. Abundancia, normalidad y prosperidad que favorecían a la cultura, de modo que se gozaba de una verdadera edad de oro en la educación, el pensamiento, las letras y las artes.

[22] *P. Patout,* Ob. cit., *pp. 346-347. La traducción es nuestra.*

Hasta el mismo presidente Alvear contribuía a este clima social. Tenía una personalidad propia y vigorosa, pero, a diferencia del ascético Yrigoyen, gustaba de una política a la europea, más concretamente, a la francesa, pues había vivido largos años en París y era el típico argentino enamorado de las formas de sociabilidad parisina. Estaba casado con una cantante lírica retirada, que patrocinaba la música y las artes y congenió con Reyes en ideas y sentimientos.

Como dijimos, el mexicano ya conocía mucho de la realidad argentina. Además de escritor era un diplomático y por razones de oficio estaba informado de las características políticas, económicas y culturales del país donde iba a actuar. También dijimos que su amigo Henríquez Ureña le había proporciondo detalles de la vida literaria argentina, y hasta advertido acerca de los defectos y virtudes de la sociedad cultural que lo recibía.

Los amigos de Reyes, además, le abrieron el camino. Desde España, por ejemplo, Azorín había escrito sobre la personalidad del mexicano cuando, en 1924, se pensó que viajaría a la Argentina. El artículo de Azorín se publicó en *La Prensa,* de Buenos Aires, el 18 de mayo de 1924 y difundió los rasgos sobresalientes de la personalidad de Reyes, entre un público más amplio que el de los jóvenes intelectuales que ya conocían muchos de los artículos y libros aparecidos en Madrid, junto a los escritores españoles que representaban la renovación estética y literaria.

Henríquez Ureña lo presentó a su círculo de amigos, a quienes hasta les había leído cartas de Reyes, y el 2 de julio de 1927, apenas desembarcado éste, lo recibió el artículo Alfonso Reyes, publicado por Henríquez Ureña en *La Nación;* por cierto uno de los mejores estudios que se han hecho sobre el tema, con atención particular a su condición de poeta, aspecto que, hasta entonces, los críticos apenas si habían advertido.[23]

Reyes comprendió que una de sus primeras tareas era conquistar la buena voluntad de la sociedad argentina, tanto por razones profesionales como por su propia vocación de hombre cordial y generoso. No era fácil, pues esta sociedad, no obstante las apariencias de una simpatía pronta y superficial, no estaba habituada a otorgar un lugar destacado a un hispanoamericano. El tipo de gente entre la cual debía moverse un diplomático era de un gran esnobismo y solía reservar sus favores para las personalidades europeas, que venían con el aura prestigiosa de refinamiento —real o ficticio— que concedían, de antemano, a todo extranjero, sobre todo si era francés o inglés.

Un mexicano, por más que fuera embajador y escritor, tenía que vencer esos prejuicios si quería imponer el respeto a su persona, objetivo que a Reyes le interesaba, en primer lugar, porque tenía que ver con el éxito de su misión diplomática.

Comenzó por instalarse en una casa a la altura de la jerarquía que quería para su representación. En otros tiempos la habían ejercido figuras como las de Amado Nervo y Enrique González Martínez y el nuevo México intelectual era conocido por las misiones que, pocos años antes, habían cumplido en la Argentina Antonio Caso y José Vasconcelos. El cargo fue elevado al rango de embajada y el 8 de agosto de 1927 se presentó al presidente de la República, Marcelo T. de Alvear.

[23] *Pedro Henríquez Ureña lo recogió en su libro* Seis ensayos en busca de nuestra expresión. *(Buenos Aires: Babel, 1928).*

Mientras se sumergía en sus obligaciones protocolares y sociales, Reyes se ponía en contacto con la gente de letras, sus colegas y los que mejor sabían de su personalidad auténtica de escritor. El grupo de la revista *Nosotros,* por ejemplo, le ofreció un banquete el 24 de agosto, al cual asistió el ministro de Instrucción Pública, Antonio Sagarna. Pronunciaron discursos Ricardo Rojas, una de las mayores personalidades del mundo de la cultura, Emilio Suárez Calimano, crítico y poeta, por la dirección de la revista, Aníbal Sánchez Reulet, por los jóvenes estudiantes de la Universidad de La Plata, y el famoso poeta Baldomero Fernández Moreno. Reyes contestó con una hermosa pieza oratoria donde presentó sus ideas sobre la Argentina.

Henríquez Ureña estaba contento con la llegada de su mejor amigo y luego de advertirle de que en la Argentina se daba un excesivo cuidado por las apariencias, un apresuramiento superficial en el aprecio de los valores y una estima particular por los bienes materiales, que tanto se prodigaban como se regateaban, lo presentó a sus amigos, como ya dijimos. Entre ellos estaba el matrimonio del crítico de arte e ideas, Julio Rinaldini, su mujer Nieves Gonnet —con quien Reyes entabló una amistad muy cordial— y su hermana Perla. Al grupo se sumó Manuela, la mujer de Reyes.

La actividad principal de Henríquez Ureña tenía lugar en la Universidad de La Plata, donde se desarrollaba una labor de notable jerarquía académica en torno al filósofo Alejandro Korn, bajo cuya égida comenzaba a escribir un grupo que se manifestaba en la revista *Valoraciones,* donde colaboraba Henríquez Ureña y para la cual solicitó trabajos a Reyes. El ambiente de La Plata, además, era muy sensible a los temas hispanoamericanos porque allí estudiaban muchos jóvenes procedentes de otros países del continente y sus profesores acentuaban su interés por todos los problemas de América. Reyes, por lo tanto, fue muy bien acogido desde el primer momento.

También se hizo amigo de Victoria Ocampo, en torno de la cual se movilizaba uno de los núcleos más activos e interesantes de la sociedad de Buenos Aires. Riquísima, patricia, muy hermosa e inteligente, Victoria era un ejemplo del tipo intelectual que se daba en cierta sociedad «porteña», a la cual ella representaba de una manera paradigmática, a pesar de las apariencias de singularidad o rebeldía con que gustaba de presentar su excepcional talento.

Algunas de estas mujeres de Buenos Aires que rodeaban a Victoria Ocampo eran un caso muy particular. Como sus maridos, ricos estancieros, vivían un afrancesamiento total en modas y costumbres, pero también se entusiasmaban con el arte y la literatura y acompañaron a Victoria en las actividades que ésta desarrollaba para lograr una divulgación de alta calidad en materia de artes plásticas, música y literatura.

Este era el grupo vivaz y curioso que había rodeado a Ortega cuando visitó Buenos Aires. Integraban la Sociedad de *Amigos del arte* y otros núcleos donde nombres como los de Dora y Elvira de Alvear y Elena Sansinena de Elizalde —y muchas más— constituían un círculo activo, curioso de celebridades.

Reyes estaba muy bien dotado para ganar el apoyo de esta sociedad, tanto por su simpatía personal como por su educación y su rango social, que también era el del patriarcado mexicano, acostumbrado al poder político y al prestigio público. Además tenía un dominio perfecto del francés y de la cultura francesa y con este pasaporte podía franquear las puertas de esta sociedad.

Victoria Ocampo ya lo conocía por su obra, antes de que llegara a Buenos Aires, y Reyes quedó impresionado por ella desde el primer momento. Así anotaba en su *Diario:*

> Victoria Ocampo, diosa colosal, volante, en manto de plata como un Rubens sin carnes flojas, en esta catarata de *síes.* [24]

Pero, también, con ella era difícil llegar a intimar. Reyes le reprochaba ser demasiado arisca con él y ella lo acusaba de ser poco sincero, y aunque el mexicano la asedió de muchas maneras para lograr una atención franca y auténtica, Victoria sólo le correspondió con una estima limitada estrictamente a lo intelectual. Solían escribirse en Buenos Aires y ella no ocultaba la frivolidad de justificar su inasistencia a una conferencia de Reyes con la excusa de tener la boca un poco hinchada. En otras cartas lo llamaba, en broma, «flor azteca», en ese tono que los argentinos llaman «de cachada» y que suele herir, sin remedio, a quien lo sufre [25].

Un tercero que cabe suponer introdujo cierta discordia en estas relaciones; debe haber sido José Ortega y Gasset, quien llegó a Buenos Aires en agosto de 1928 y que también sentía una gran admiración por la hermosa escritora. Ya vimos que Ortega no era afecto a Reyes y en muchas ocasiones Victoria Ocampo le hizo partícipe de ciertas observaciones al proceder del filósofo español, como lo cuenta Reyes en su *Diario.* No es excesiva suspicacia suponer que, con todos estos comentarios, era muy difícil acceder a una relación más sincera con la temperamental Victoria.

De todos modos, ella y Reyes coincidieron plenamente en su interés por las letras francesas, donde era sabido que éste gozaba de una especial consideración. Además, desde Buenos Aires continuaba leyendo y estudiando temas de literatura francesa. La obra de Stéphane Mallarmé, por ejemplo, era una de sus preferidas y cuando en la Sociedad de *Amigos del Arte*, se organizó un «festival Mallarmé», el 13 de octubre de 1929, Reyes pronunció una conferencia en la cual leyó alguna de sus traducciones; Victoria Ocampo recitó, en su mangnífico francés de actriz, otros poemas mientras se tocaba música de Ravel y Darius Milhaud y se oían las canciones que interpretaba Jeanne Bathory.

Con otros escritores

Sus relaciones con los escritores argentinos fueron una mezcla de entusiasmo, interés, curiosidad y tacto diplomático. A comienzos de la década de 1920 había comenzado en Buenos Aires un movimiento literario renovador, que seguía las pautas del «vanguardismo» europeo y español.

[24] *Alfonso Reyes,* Diario. 1911-1930. *Prólogo de Alicia Reyes. Nota del Dr. Alfonso Reyes Mota. (México: Universidad de Guanajuato, 1969), Anotación del 17-10-1927. Cfr. Blas Matamoro,* Genio y figura de Victoria Ocampo *(Buenos Aires: EUDEBA, 1986).*

[25] *Cfr. Alfonso Reyes/Victoria Ocampo,* Cartas echadas (Correspondencia 1927-1959). *Edición y presentación de Héctor Perea. 8. Serie Correspondencias. Colección cultura universitaria, (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1983), p. 15. La «flor azteca» era un curioso número de feria: en un pequeño escenario se exhibía un florero sobre el cual se asentaba la cabeza de una mujer, efecto que se lograba mediante un juego de espejos que no captaba el espectador. La cabeza contestaba acertijos y preguntas del público. En una anotación de su* Diario, *del 10-1-1929, Reyes dice que ese número lo presentaba un mexicano. Yo recuerdo haberlo visto en una feria de Buenos Aires en los primeros años de la década de 1930 y, por cierto, era muy popular.*

Los jóvenes escritores estaban patrocinados por el filósofo Macedonio Fernández, el novelista Ricardo Güiraldes y el poeta Oliverio Girondo. Las actividades editoriales corrían por cuenta de Evar Méndez, seudónimo de Evaristo González, también poeta.

Estos grupos habían comenzado por publicar la revista *Proa* (1923 y 1924-1926), a la cual sucedió otra, de mucha mayor importancia: *Martín Fierro* (1924-1927), con la cual se inició uno de los períodos más notables de la historia de la literatura argentina. Entre los nombres de quienes promovieron este movimiento figuran los más valiosos de las letras de este país: Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Ricardo Molinari, Franciaco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza, Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo, Cayetano Córdova Iturburu, Ulises Petit de Murat y muchos más.

Henríquez Ureña había elogiado este grupo, pero a Reyes no le agradaba el tono zumbón y el estilo irreverente de los vanguardistas, que abusaban de los chistes y chirigotas a costa de otros escritores. Además, él mismo había sido objeto de un comentario nada respetuoso, publicado por Roberto Mariani en la revista *Proa* (1924), donde si bien se lo elogiaba, también le hacían unos comentarios irónicos y ambiguos de gusto dudoso[26].

La estética de estos jóvenes era análoga a la de Reyes. Tenían la misma simpatía por autores franceses como Supervielle, Larbaud, Jean Giraudoux, Marcelle Auclair, por españoles como Guillermo de Torre, Benjamín Jarnés, Ernesto Giménez Caballero, Ramón Gómez de la Serna y Gerardo Diego y mexicanos como Xavier de Villaurrutia, Eduardo Villaseñor, Bernardo Ortiz de Montellano y Salvador Novo. Por ello, cuando llegó a Buenos Aires, colaboró en *Martín Fierro* con *Verso y prosa*[27].

Relaciones más afectuosas mantuvo con el ya mencionado grupo de La Plata, tan próximo a Henríquez Ureña. Pensó poner el prólogo a una obra de Aníbal Sánchez Reulet y cuando Juan Manuel Villarreal editó los dos únicos números de su revista *Don Segundo Sombra,* Reyes le envió una colaboración, *Estética -Estática,* acompañada de esos poemas-cartas simpáticos y graciosos que solía dirigir a sus amigos[28].

La presencia de Reyes como una especie de hermano mayor, entre guía y maestro de los escritores jóvenes, ha sido recordada por el novelista y poeta Ulises Petit de Murat, quien dice que cuando llegó Reyes, ellos estaban todavía abrumados por la muerte de Güiraldes y que el mexicano, con su cultura, su agudeza intelectual y su sentido del humor se ganó, de inmediato, una primacía tácita dentro del grupo. Como escribió Petit de Murat:

> No se refugiaba en la polvorienta penumbra de la academia y los falsos consagrados. Respondía a nuestro anhelante llamado. No pasaba nuestra época de sumisión filial: buscábamos siempre, aunque sin confesarlo, al maestro. ¿Sabe Alfonso Reyes en qué medida lo fue, sin proponérselo, de nuestra generación?[29]

[26] *Roberto Mariani, «Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes»,* Proa *(Buenos Aires), 4 (sept. 1924).*

[27] *Esta etapa está admirablemente estudiada en P. Patout,* Ob. cit. *pp. 459-515.*

[28] *A. R.,* Diario, *ya cit., pp. 227-228.*

[29] *Ulyses Petit de Murat,* Recuerdo argentino de Alfonso Reyes, *en AAVV,* Páginas sobre Alfonso Reyes, *(Monterrey, N. L.: Universidad de Nuevo León, 1957). Tomo II, p. 438.*

La adhesión de estos jóvenes era justificada. Reyes era un modelo de intelectual, tanto por su maestría en las letras clásicas y contemporáneas como por su generosidad y gracia y, además, porque se prestaba cordialmente a la camaradería literaria. También lo reconoce Petit de Murat:

> No había en Reyes ninguna interferencia pedagógica. Simplemente, era como si su vehemencia interior alcanzara para sacar fuera de su rostro y más allá de su voz de timbre muy cortés, como ocurre con la mayoría de los mexicanos, la inmensa riqueza que yacía en las encrucijadas de su espíritu y de su conocimiento. Pero estos yacimientos auténticamente portentosos nunca lo transformaron, como suele ocurrir, en una momia parlante y académica.[30]

Conoció también al impresor Francisco Colombo, el mítico dueño del taller de San Antonio de Areco, que había impreso la primera edición de *Don Segundo Sombra,* de Ricardo Güiraldes, y que gozaba de gran prestigio por el refinamiento y cuidado de sus trabajos gráficos. El sueño de los escritores era que sus libros salieran de estas prensas y uno de sus clientes más entusiastas era el poeta Ricardo Molinari, quien se hizo muy amigo de Reyes, tanto por este amor a las ediciones cuidadas, como por la profunda adhesión de ambos a la literatura española, rasgo que no era frecuente entre los escritores argentinos y que Molinari había vigorizado en su trato con otro poeta y profesor de La Plata, Arturo Marasso, a quien también conoció y frecuentó Reyes.

Con el grupo de jóvenes escritores y en función de ese magisterio tácito que había asumido, Reyes pensó en convertirse en el editor de una colección literaria. Sus amigos le pedían una revista, pero él pensaba que ésta comportaría obligaciones que podrían interferir con su función diplomática y que la miscelánea de nombres y temas, propia de una publicación periódica, era poco satisfactoria. Se propuso, pues, la edición de pequeños libros, casi folletos, como los que en Madrid había sacado Juan Ramón Jiménez, o los «Cuadernos literarios» que Reyes había editado junto a José Moreno Villa y Enrique Díez Canedo. Estos textos de dimensiones reducidas —como los de la Colección Universal, de Calpe, y los Clásicos Populares, de Calleja—, circularían mejor dentro del torrente indiscriminado del mercado bibliográfico.

Así nacieron los «Cuadernos del Plata», para los cuales contaba con la ayuda, siempre entusiasta, de Henríquez Ureña, a quien Reyes pensaba editar junto con textos de Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Ricardo Güiraldes, Oliverio Girondo, Francisco Luis Bernárdez, Sergio Piñero, Eduardo González Lanuza, Xul Solar, Ricardo Molinari y Enrique Bullrich. También los mexicanos Genaro Estrada, Antonio Castro Leal y Julio Torri.

Para las ilustraciones había pensado en Norah Borges, original dibujante y pintora cuya calidad plástica había impresionado a Reyes. Estaba casada con el crítico español Guillermo de Torre, quien se había radicado en Buenos Aires en 1927 y que, incorporado al movimiento renovador, colaboraba en la actividad editorial y literaria argentina. También pensó en la hermana de Victoria, Silvina Ocampo, poeta, como ilustradora.

Pidió colaboraciones y el primero en acudir fue Henríquez Ureña, quien le entregó los originales de dos ensayos: *Trazos graves* y *En la orilla,* textos que, sin embargo, no aparecerán en dicha colección.

[30] *V. nota 29.*

Otra amistad que hizo Reyes fue la de Jorge Luis Borges, con quien compartía la misma pasión literaria: dialogaban, intercambiaban libros e informaciones y para éste, que se iniciaba en la carrera de las letras, el magisterio del mexicano era invalorable. Antes de conocerlo personalmente, Reyes había leído a Borges —Henríquez Ureña le tenía en gran estima— y cuenta Petit de Murat que cuando, en ocasión de dar una conferencia, Reyes dijo que Borges era uno de los escritores que mejor utilizaban el idioma, éste, que estaba entre el público, se avergonzó tanto, que abandonó el salón a tropezones, abrumado por el elogio.[31] Borges le propuso editar a otros autores argentinos en los «Cuadernos del Plata». Textos como *Fausto,* de Estanislao del Campo, *El matadero,* de Esteban Echeverría, *Santos Vega,* de Rafael Obligado y *Juan Moreira,* de Ricardo Gutiérrez; además de algunas viejas milongas criollas, trozos de poesía gauchesca y versos para jugar el truco, tema que interesaba a Borges y para el cual logró atraer la curiosidad de Henríquez Ureña y Reyes[32].

Animado por estos proyectos, Reyes quiso publicar un *Epistolario* de Victoria Ocampo y un volumen de textos de Ricardo Güiraldes, para lo cual solicitó la autorización de su viuda, Adelina del Carril, quien lo remitió a Víctor González Lamain y a Enrique Bullrich, en una gestión que tuvo problemas e inconvenientes.

También proyectó una antología de la poesía norteamericana contemporánea, pero para todo ello era imprescindible un apoyo económico, el cual obtuvo de Evar Méndez, quien editaría los «Cuadernos del Plata» como una colección de la Editorial *Proa,* de su propiedad.

Así salieron en 1929, los *Seis relatos,* de Ricardo Güiraldes, encabezados por un poema de Reyes, «A la memoria de Ricardo Güiraldes»; *Cuaderno San Martín,* de Jorge Luis Borges —el tercero de sus libros poéticos y el que obtuvo ese año un Premio Municipal de Poesía— y *El pez y la manzana,* poemas de Ricardo Molinari.

Otro proyecto fue la edición de los poemas inéditos de Francisco López Merino y los de Ezequiel Martínez Estrada; un tomo con los estudios mallarmeanos y otro con producción poética original del mismo Reyes, quien estaba contento con su empresa y con la ayuda que le prestaban sus jóvenes amigos. Así escribía en su *Diario:*

> Es realemente encantador para mí ver cómo me ayudan a trabajar los muchachos argentinos. Cada uno trae un libro, un dato, una revista, un recorte de periódico. Conmovedora y nueva situación para mi espíritu. ¿Cómo poder volver esta caricia?[33]

Pero la empresa no duró, porque Evar Méndez impuso su preeminencia de financista en la dirección de los «Cuadernos»; Reyes no quiso aceptarlo y se desligó de los mismos. Este fracaso hizo aflorar a su espíritu un sentimiento de amargura y desencanto, al cual cabe suponerle raíces más hondas que sólo este disgusto por la ruina del programa editorial.

Reyes llegó a renegar de sus amistades literarias, casi sin distinciones, y cambió de opinión sobre los jóvenes escritores que antes le habían entusiasmado. La anotación de su *Diario* es terminante:

[31] Borges-Buenos Aires *(Buenos Aires: Municipalidad de Buenos Aires, 1980), p. 52.*

[32] *Pedro Heríquez Ureña y Alfonso Reyes,* Epistolario íntimo, *ya cit. pp. 358-359. Carta del 29-I-1929.*

[33] *A. R.,* Diario, *p. 255. Anotación del 5-II-1929.*

Estamos muy lejos. No estamos de acuerdo siquiera en el uso de las palabras. Los muchachos argentinos están llenos de prejuicios pro y contra de las cosas, independientemente de su valor literario. [34]

Este arranque confesional muestra una herida causada por el choque con la sociedad argentina y sus escritores. A pesar de su reserva y discreción, Reyes se había acercado a los argentinos en una forma abierta, nada prevenida ni cautelosa. Había encontrado una sociedad elegante y culta, por lo menos en apariencia, que escondía tanto esos prejuicios que le dolían, como un desdén por los valores estéticos y éticos que Reyes tenía en alta estima.

La sociedad argentina, pensaba, estaba más preocupada por las convenciones exteriores, puramente formales, que por la conquista de uan verdadera jerarquía espiritual. El esnobismo y la curiosidad no bastaban para alcanzarla. Había personalidades valiosas, sin duda, pero aún en ellas podían sorprenderse gestos y prevenciones que enmascaraban dichos prejuicios.

Por ejemplo, el que había frente a España y su literatura, tan próximos a los afectos más entrañables de Reyes. Hasta los escritores contemporáneos, estimados cuando se trataba de auténticos valores, solían provocar reacciones inaceptables, la incomprensión y hasta la burla.

En *Martín Fierro,* por ejemplo, se suscitó una polémica con *La Gaceta Literaria,* de Madrid, por cuál era la ciudad por donde atravesaba el «meridiano intelectual» de Hispanoamérica, tema provocado por el ya mencionado Guillermo de Torre. Este debate sirvió para desencadenar un torrente de agravios que exhibió el encono virulento de los escritores argentinos frente a sus coetáneos españoles y no se ahorraron groserías frente a los «gallegos» —denominación insultante en bocas argentinas—, que todavía pretendían dirigir y dar cátedra a los hispanoamericanos y, peor aún, a los argentinos.

Estos prejuicios también alcanzaban a otros hispanoamericanos, seres distantes y casi ignorados por la petulancia de muchos argentinos y de los cuales se salvaban muy pocos escritores. Reyes debe de haber sentido este desdén aunque a él, personalmente, por su posición y singularidad intelectual y literaria, no le alcanzase.

Finalmente, hay que anotar en este saldo negativo de su experiencia argentina, algunos problemas familiares derivados de su muy comprensible afición a las mujeres hermosas que, inevitablemente, arrastran un cortejo de situaciones comprometidas. Para no hablar de su situación económica, a la cual se refiere varias veces en su *Diario,* y al tipo de dificultades que, por otra parte, no lo abandonaron nunca, en razón de su ánimo liberal y generoso, amante de las buenas cosas de la vida, que también suelen tener su precio en dinero.

A pesar de estos contratiempos, Reyes administró con discrección su desencanto, y continuó con las obligaciones de la vida social y literaria de Buenos Aires. Incluso hasta planeó la edición de unos «Pliegos literarios», cuyo plan sometió a Victoria Ocampo en procura de una financiación adecuada. Alcanzó a aparecer, en 1929, en los «Cuadernos del Plata», *Papeles de Recienvenido,* de Macedonio Fernández y, finalmente, Reyes

[34] Ibídem, *p. 283. Anotación del 24-VII-1929.*

obsequió con un banquete a los colaboradores de su empresa editorial, al cual asistieron Borges, Colombo, Guillermo de Torre, Bernárdez, Molinari, Victoria y Silvina Ocampo, Eduardo Mallea y Xul Solar, entre otros.

Pero la actividad editorial de Reyes concluyó con esa revista que, como vimos, se había resistido a dirigir y que, finalmente, aceptó, bajo la presión de los escritores jóvenes que lo rodeaban. Se trata de *Libra.*

Como suele suceder en estos casos, hubo reuniones y discusiones preliminares. Reyes no quiso aparecer como director —aunque era el patrocinador principal— y Borges se alejó del grupo porque disintió con Leopoldo Marechal y con Francisco Luis Bernárdez, quienes acusaban al primero de transigir con escritores que ellos no consideraban lo suficientemente «puros» desde el punto de vista vanguardista.

Por fin, el 22 de agosto de 1929 se terminó de imprimir el primer —y único— número de *Libra,* en los talleres de Samuel Glusberg, impresor que solía tomar a su cargo muchas de las ediciones de estos escritores. Este número llevaba la indicación de *I-Invierno* y el primer trabajo era el ensayo de Reyes sobre *Las jitanjáforas,* que tanto interesaban a su autor. También aparecían poemas de Marechal, prosas de Macedonio Fernández, una *Silva,* de Gabriel de Bocángel con una nota de Ricardo Molinari, prosas de Bernárdez, cartas de José Martí, dos poemas de James Joyce, en versiones inglesa y castellana y un buen número de notas donde sobresalían las escritas por Reyes.

Reyes no intentó otras aventuras editoriales y se limitó a publicar, por su cuenta, algún trabajo suyo, como *Fuga de Navidad* (1929), que imprimió Colombo para la librería de Viau y Zona, que era el negocio de más importancia en ese ramo, en Buenos Aires. Sin duda lo habían cansado los conflictos y peleas entre escritores y cuando Victoria Ocampo le pidió su opinión sobre una revista que planeaba publicar con la ayuda del mencionado Glusberg y del norteamericano Waldo Frank —que había llegado a Buenos Aires, donde aquél había editado su libro *Nuestra América*—, Reyes rechazó la idea por «insulsa»; sobre todo después que Glusberg le contó sus desavenencias con Victoria Ocampo.

Otros encuentros

Entre las opiniones que Henríquez Ureña había comunicado a Reyes sobre el ambiente literario argentino, estaba su juicio adverso a Lugones, tanto por sus ideas políticas autoritarias opuestas al liberalismo del dominicano, como por el hecho de que el mismo poeta se apartaba de toda relación con los escritores que disentían con él o lo criticaban. Henríquez Ureña seguía respetándolo, pero no lo frecuentaba.

Reyes, que conservaba su admiración por el poeta, reanudó la relación establecida en París. Lo visitaba en la dirección de la Biblioteca del Maestro, desde donde, combatido o elogiado, ejercía una primacía intelectual innegable en la Argentina.

Los escritores jóvenes, inclinados en su mayoría a la izquierda, reprochaban a Lugones su autoritarismo militarista y su apego a las formas tradicionales del verso, pero Reyes pensaba que esa posición política, que tampoco él compartía, más que todo era un alejamiento de la realidad, pero que su genio le permitía siempre elevarse por encima de estas querellas.

Lo visitaba en la Biblioteca, pues conversaban de libros, ideas y personas, y Lugones exhibía su formidable versación, al par que le mostraba los ejemplares de libros raros que más podían interesar al insaciable curioso de bibliografía que era Reyes, sobre todo cuando se trataba de obras de la historia de México. En una de esas visitas, cuenta en su *Diario,* advirtió que bajo unos papeles había un bulto que resultó ser un revólver cargado. «A eso lo llamo yo el Poder Ejecutivo», confirmó Lugones. En otras ocasiones le contaba anécdotas de su vida y caían en la inevitable crítica de gente que ambos conocían. Así fue el caso del historiador mexicano Carlos Pereyra, cuya defensa del dictador Francisco Solano López, del Paraguay, atribuía a la influencia del venezolano Rufino Blanco Fombona, enemigo mortal de Bartolomé Mitre, presidente de la Argentina durante la Guerra del Paraguay.

También intercambiaban invitaciones a comer, y a pesar de las diferencias temperamentales, que ya señalamos, la amistad se consolidó y cuando unas turbas apedrearon la embajada mexicana —12 de enero de 1930—, Lugones se apresuró a manifestar su solidaridad, en contraste con otros escritores que adoptaron una prescindencia más cómoda.

En febrero de 1928 llegó a Buenos Aires, como embajador de España, Ramiro de Maeztu, cuyo apoyo al dictador Primo de Rivera le había ganado el repudio virulento de una gran cantidad de escritores liberales, precisamente los que eran amigos de Reyes en Madrid. Maeztu era una personalidad recia, definida rotundamente en contra de muchas de las ideas que prevalecían en la España de entonces, pero tampoco la mayoría de los escritores hispanoamericanos aceptaban esta postura; lo cual lamentaba Reyes, pues pensaba que Maeztu era una personalidad valiosa e interesante, con dotes oratorias y personales capaces de impresionar a la sociedad argentina.

Reyes, por ideas y temperamento, no simpatizaba con Maeztu y, aunque estimaba su inteligencia, le molestaba lo que consideraba rigidez moral, su oposición sistemática al mundo moderno y hasta su teología, capaz de llegar a cubrir la misantropía y el resentimiento. Carecía del vuelo lírico de Lugones —otro contradictor de su tiempo—, y hasta cometió imprudencias políticas llevado por su confianza excesiva en la función que podían tener los Estados Unidos en Hispanoamérica. Pero a pesar de estas diferencias, mantuvieron buenas relaciones y cuando Maeztu regresó a España, en febrero de 1930, se despidió de Reyes con una carta que lo emocionó, pues aquél condicionaba el porvenir de la hispanidad a la paz y la prosperidad de México.

Con Ortega y Gasset, lo repetimos, las cosas eran más difíciles, aunque por otras razones, y los esfuerzos y la admiración de Reyes no vencieron la desafección del filósofo español y se sorprendió de que cuando éste regresó a España —el 4 de enero de 1929—, ni se despidiera de él, pese a lo cual telegrafió sus saludos al barco en que aquél viajaba.

La estima de Reyes por Ortega era auténtica y le dolía que éste no hubiera aceptado mejor su disentimiento con algunos de sus puntos de vista. Admiraba mucho más a Ortega, por ejemplo, que Henríquez Ureña, quien luego de un entusiasmo juvenil ha-

bía llegado a concebir una actitud crítica más radical hacia el autor de *La rebelión de las masas*[35].

Balance de una experiencia

De los escritores argentinos que conoció en Buenos Aires no conservó Reyes un recuerdo positivo, aunque hubiera excepciones en este juicio general. Había tratado y leído a casi todos ellos y Baldomero Fernández Moreno, Benito Lynch, Rafael Alberto Arrieta, Enrique Banchs, Ricardo Rojas, Arturo Capdevila y Alfonsina Storni, por ejemplo, pasan por las páginas de su *Diario* y de sus libros de ensayos sin dejar una huella muy profunda, aunque señale certeramente sus valores, con los matices que sólo proporciona un conocimiento nada común del tema.

Borges y Molinari fueron, entre los escritores de la renovación «martinfierrista», quienes intimaron más con él. El primero lo atrajo por su inteligencia, por su devoción literaria, por su talento creador y por su entrega total al mundo de los libros. Borges fue, sin duda, un puro escritor cuyo único universo verdadero era la literatura y así lo comprendió Reyes.

En cuanto a Molinari, otro extraordinario poeta argentino, la valoración de sus dotes literarias estaba unida al común aprecio por la literatura española, cuya tradición conocía cabalmente Molinari, quien, además de hacerle conocer aspectos del arte popular y de la música argentina, estaba vinculado al ya mencionado Arturo Marasso, docto conocedor de los clásicos, de la literatura española y de Rubén Darío, con quien Reyes tuvo oportunidad de departir sobre Góngora, tema que, como se sabe, lo tiene por uno de sus mejores conocedores.

El aspecto literario de las personas y las cosas era, sin duda, el que más atraía a Reyes, y sus simpatías estuvieron siempre con los apasionados, como él, por el arte y las letras. De allí su amistad con Guillermo de Torre, para quien tenía un lugar principal en la literatura hispanoamericana:

> inicia o personifica en ella un tipo, un arquetipo nuevo: el hombre de letras cabal, el humanista sin miedo y sin tacha.[36]

Pero, sobre todo, era el espíritu que mejor había sabido equilibrar su sentido de la tierra mexicana y americana con la universalidad propia de la razón y la cultura.

Mas quien llenó sus exigencias de afecto, simpatía y comunión literaria fue Pedro Henríquez Ureña, su amigo desde la juventud; ambos, fuera de sus patrias, estrecharon una relación que se había consolidado con el tiempo y las aventuras intelectuales por tierras lejanas. Henríquez Ureña colaboró en todas las empresas editoriales de Reyes; intercambiaban libros e informaciones y ambos se hicieron confidentes de alegrías y desencantos íntimos.

[35] *En varias cartas de la correspondencia Henríquez Ureña-Reyes se encuentran críticas del primero al filósofo español. En una que le manda desde La Plata el 20-VII-1925, juzga que los filósofos más exigentes no comparten sus ideas ni los libros que traducía la* Revista de Occidente. *Cfr.* Epistolario íntimo, *III, p. 292.*

[36] *Guillermo de Torre, «Visita a Alfonso Reyes y panorama de sus obras completas»,* La Nación *(Buenos Aires) (26 may., 1957).*

Reyes cumplió con creces su misión, que, como dice José Luis Martínez, consistió en «hacer respetar, comprender y amar a México»[37]. Tenía una conciencia seria de sus responsabilidades diplomáticas que, en su caso, adquirían una significación mayor, debido a su prestigio en las letras hispanoamericanas.

En cumplimiento de estas obligaciones, publicó notas y artículos en diarios y revistas, ofreció conferencias y pronunció discursos, siempre como medios de hacer conocer ideas sustanciales, inaccesibles a la retórica vacua que acecha, implacablemente, en estas ocasiones. Firmó tratados y contribuyó eficazmente a la política exterior de su país.

Su carrera, sin embargo, le dejaba insatisfecho porque pensaba que en ella se le iba el tiempo que debía dedicar a su obra literaria. Apenas llegado a Buenos Aires y cuando comenzaba el tráfago de los compromisos oficiales, escribía en su *Diario:*

> ¿De qué puede servir vivir así, dándose a todo lo accesorio? No escribo, no leo, no pienso. ¡Ay de mi vida![38]

Más tarde, disgustado por el fracaso de los «Cuadernos del Plata», agregaba:

> Nunca comprenderá nadie hasta qué punto estos años de Buenos Aires van siendo para mí —en todos los órdenes— una escuela de sufrimiento, paciencia, tristeza, aburrimiento y penuria material. ¡Mil veces mejores mis peores instantes de dolor y pobreza en mis días heroicos y claros de Madrid![39]

Tenía el sentimiento de descuidar su vocación más entrañable y de estar sacrificando lo mejor de sí mismo al Estado que servía:

> Y sin embargo, este monstruo me está devorando. No hago más que servir mi cargo oficial, en mil sandeces obligatorias, llevando a la espalda el fondo de una inmensa melancolía.[40]

En suma, que si a este descontento le agregamos el ya mencionado choque con una sociedad convencional, apegada a lo superficial y formalista, donde hasta el lenguaje perifrástico de los diarios atestiguaba el rechazo de toda comunicación directa, y aquellos problemas íntimos que se deslizan entre las líneas de sus cartas y su *Diario,* podemos concluir que en esta primera experiencia argentina, el saldo fue más bien negativo. Exceptuando, desde luego, relaciones como las que mantuvo con Borges, Molinari y algunos pocos —muy pocos— más. Su *Diario* es elocuente:

> Peores cada vez más mis impresiones del ambiente literario argentino, donde a nadie le importa la literatura, sino la politiquilla literaria de los grupos o *patotas.* Y donde los individuos de los grupos se traicionan entre sí constantemente. A la realidad sustituye un fantasma de murmuraciones. Muy raro todo. Quédense solos. Yo, para mi coleto, he decidido alejarme prácticamente y vivir con la mente en otra parte. Y no es queja contra «personas»: sería ingrato.[41]

[37] *José Luis Martínez,* Introducción... *ya cit., 12.*
[38] *A. R. D.* Diario, *p. 205. Anotación del 12-IX-1927.*
[39] Ibídem, *p. 283. Anotación del 24-VII-1929.*
[40] Ibídem, *p. 294. Anotación del 30-XI-1929.*
[41] Ibídem, *p. 297. Anotación del 8-I-1930.*

Esta opinión sobre la Argentina está expresada, en forma desde luego más discreta y moderada, en el discurso que pronunció por la Radio Buenos Aires, el 29 de agosto de 1929 y que tituló *Palabras sobre la nación argentina.* Retomaba una idea de Ortega de que la inmigración, que había eliminado los problemas raciales, había formado un país de cultura europea; mientras que México, como decía Lugones, arraigaba más en sus tradiciones históricas. La Argentina prefería mirar al futuro, mientras luchaban en su seno una clase superior o patricia, que fijaba modelos e ideales y un «demos» animado por otras apetencias. Había un comportamiento social que, dominado por el deseo de lo mejor, caía en el culto de las apariencias, de la «parada», como decían los argentinos.

Un país que se había formado de acuerdo con el ideal de los liberales del siglo XIX (Sarmiento, Alberdi), aspiraba a crear una civilización y una cultura nuevas, de donde derivaba esa afirmación agresiva de los valores propios, ese nacionalismo que, descuidado, podría dar en un exclusivismo grosero.

Estas afirmaciones —como muchas de Ortega y Gasset— cayeron muy mal en muchos argentinos que rechazaban este tipo de análisis. Uno de ellos fue Ramón Doll, quien enjuiciaba acremente la tradición intelectual del liberalismo y no aceptaba que se le reconociera ningún mérito en la configuración de una país que, según él, se había formado al azar y donde no había nada que se pareciera a una aristocracia.[42]

Reyes, por consideraciones a su cargo, no contestó el ataque de Doll, pero cuando se alejó de la Argentina, y desde el Brasil, respondió al brulote con agudeza y serenidad. Doll había tomado al pie de la letra muchas afirmaciones sin advertir matices y su romanticismo revolucionario lo llevaba a reclamar, perentoriamente, una cultura argentina que no podía improvisarse con urgencia, ni podía salir de la nada:

> Las culturas no se improvisan: quieren tiempo y abono, como toda semilla, para llegar a fruto... Es bueno merecer las patrias, ganarlas, conquistarlas.[43]

Pero la misión había llegado al final y Reyes reflexionaba con amargura:

> Ya no quiero publicar aquí. Me quiero desligar de todos.[44]

Intermedio y regreso

El 2 de abril de 1930 partió para representar a México en el Brasil. Ignoramos los entretelones que hubo en la finalización de su embajada en la Argentina, pero Lugones, en una carta, alude a cierta incorrección del gobierno argentino que habría moti-

[42] *El artículo de Ramón Doll fue recogido como* Patricios y plebeyos, *en su libro* Críticas *(Buenos Aires: Imprenta L. Rosso, 1930), pp. 21-32. P. Patout establece una interesante relación entre este debate, las ideas de Reyes sobre la tradición y la posición del monárquico francés Charles Maurras.* Ob. cit., *pp. 478-482. En cuanto a éstas y otras ideas de Ortega y Gasset sobre la Argentina, existe una abundante literatura. Un punto de vista equilibrado es el de Máximo Etchecopar en* Ortega en la Argentina *(Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset, 1983). Contiene una fuerte crítica, en cambio, el de Peter G. Earle, «Ortega y Gasset in Argentina: The Exasperating Colony»,* Hispania, *p. 70 (Sept. 1987), pp. 475-486. Cfr. Emilia de Zuleta,* Relaciones literarias entre España y la Argentina, *(Madrid: C. Hispánica, 1983).*

[43] *A. R.,* Apéndice a Palabras a la Nación Argentina, OC. *IX, 36-41. La respuesta fue publicada en* Monterrey *(Río de Janeiro) (VIII-1930).*

[44] *A. R.,* Diario, *p. 298. La anotación es del 10-I-1930.*

vado este cambio[45]. De todos modos, el viaje significó un remanso que Reyes caracterizó en su *Diario:*

> En Brasil voy a reposar de la excesiva *mundanidad* y a ocuparme de mi trabajo literario. Mis ojos, frotados *de paredes* de Buenos Aires, descansarán *con perspectivas* más espaciosas, podré con más comodidad pagar *mi deuda* y rehacer la tranquilidad de *mi hogar,* que sufrió un poco en Buenos Aires. Mi Manuela volverá a ser feliz.[46]

En Brasil fue visitado por amigos argentinos, hizo varios viajes a la Argentina y a otros países suramericanos y, al llegar 1936, el gobierno mexicano volvió a nombrarlo en Buenos Aires, adonde llegó el 1 de julio de dicho año.

La Argentina había cambiado mucho. Desde la revolución del 6 de septiembre gobernaban los conservadores con una democracia restringida, pero tanto el presidente Justo como muchos de los hombres de su partido querían mantener cierta jerarquía en la vida pública y facilitaron la realización de algunos encuentros internacionales, para los cuales venía precisamente Reyes.

Sus amigos, como él, habían alcanzado una madurez literaria. Desde enero de 1931 Victoria Ocampo publicaba su revista *Sur,* en cuya gestión había tomado parte Reyes desde el Brasil y por cartas donde manifestaba su entusiasmo por la empresa editorial:

> *Sur* va a ser como nuestra patria. Ya verá qué ciudadano activo resulto. Preparo colaboraciones en prosa y verso y me permitiré enviarle cuantas sugestiones se me ocurra. La vida ahora tiene más peso.[47]

Al poco tiempo de llegar Reyes a Buenos Aires estalló la guerra civil española y el embajador de la República era nada menos que su viejo amigo Enrique Díez Canedo. El acontecimiento repercutió dramáticamente en toda la América hispánica, en especial entre escritores e intelectuales. Reyes y la mayoría de sus amigos tomaron partido por la República, pero su situación no era cómoda, pues a pesar de que su gobierno también hizo lo mismo, en el medio oficial en que debía actuar muchos conservadores y nacionalistas estaban a favor de Franco.

La atmósfera cultural se venía politizando desde el comienzo de la década de 1930. La discordia campeaba en los medios intelectuales y la polarización entre derechas e izquierdas era extrema. En estas circunstancias, las reuniones y congresos eran terreno propicio para las polémicas personales e ideológicas y así ocurrió con la «VII Conversación de la Cooperación Intelectual», organismo de la Liga de las Naciones dedicado al fomento internacional de la cultura. También se iba a hacer en Buenos Aires el «XIV Congreso Internacional de los PEN Clubes».

Al comenzar la primera de estas reuniones, Alfonso Reyes tuvo a su cargo una de las «Exposiciones preliminares», en representación de los escritores hispanoamericanos. Por los europeos habló el novelista francés Georges Duhamel.

[45] *El 23 de julio de 1930, le escribió Lugones: «...cuán lamentamos la deplorable omisión de este gobierno que motivó su traslado a ésa». En A. J. Battistesa, «Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes», ya cit., 30.*

[46] *A. R.,* Diario, *p. 302. Anotación del 6-III-1930.*

[47] *Alfonso Reyes/Victoria Ocampo,* Cartas echadas, *ya cit., 19. Carta del 15-I-1931.*

El tema general era *Relaciones actuales de las culturas de Europa y América Latina,* pero bajo las apariencias de este comparatismo bullía la confrontación de las experiencias políticas que tenían lugar en Europa, en cuyo marco había comenzado la guerra civil española.

Reyes expuso, en francés, sobre el tema de la inteligencia americana, central en sus meditaciones y ensayos. Entre la historia y el futuro, entre Europa y la realidad aborigen, la inteligencia americana debía improvisar una alternativa propia. Le pertenecía la visión universal y humanista de los españoles y aunque estaba en proceso de maduración, el intelectual americano, al mismo tiempo que cultivaba sus bienes específicos, tenía el deber del servicio público y civilizador. Los hispanoamericanos, pacíficos, internacionalistas e idealistas, luchaban por consolidar su aporte personal que, hasta ahora, consistía en lograr una síntesis de los valores recibidos y adoptados.

En su discurso, Reyes reconoció todo lo que América debía a la humanidad, pero su defensa de la inteligencia americana no mereció una comprensión apropiada por parte de los europeos. Hubo quienes tomaron ese espíritu de síntesis por una simple aptitud para los resúmenes y los cuadros sinópticos. Henríquez Ureña, Francisco Romero, Baldomero Sanín Cano y otros coincidieron con él en la valoración de América, pero, en general, no se superó la incomprensión de los europeos. Más tarde, Reyes enjuició así esta experiencia:

> ...se vio claramente la imposiblidad de llegar a fórmulas precisas, al pretender comparar el panorama de la inteligencia europea con el panorama de la inteligencia latinoamericana. 1.º El tema era demasiado vasto para el tiempo de que se disponía. Ni había tiempo para recorrer en todo su contorno las ideas que allí se manifestaron. Éstas, consideradas al vuelo, aparecían como secciones planas, sin la tercera dimensión del relieve, que sólo una consideración más detenida hubiera podido revelar. [48]

Un espíritu afín al de Reyes era el del filósofo Francisco Romero, y ambos, con Henríquez Ureña —todos amigos y del grupo de *Sur*—, decidieron discutir más detenidamente el tema, lo cual hicieron en unas reuniones particulares, entre el 23 de octubre y el 19 de noviembre de 1936. Pero de estas conversaciones sólo se conservaron notas, que Reyes utilizó más tarde en su trabajo *La constelación americana* (1950)[49].

Reyes aprovechó su presencia en la Argentina para editar algunos trabajos de diversas épocas. Así publicó en la editorial Sur *Las vísperas de España* (1937), *Cantata en la tumba de Federico García Lorca* (1937) y, finalmente, *Mallarmé entre nosotros* (1938). Aprovechando conexiones en Chile, editó en Ercilla *Tránsito de Amado Nervo* (1937) y *Aquellos años* (1938), con un hermoso prólogo del periodista argentino Alberto Gerchunoff.

Adiós a la Argentina

En diciembre de 1937, finalizó su misión diplomática en Buenos Aires y en enero de 1938 regresó a México, donde poco tiempo después se retiró del servicio diplomáti-

[48] *Ver nota anterior.*

[49] *Alfonso Reyes,* La constelación americana; Conversaciones de tres amigos. Buenos Aires: 23 de octubre a 19 de noviembre de 1936, *(México: Archivo de Alfonso Reyes, 1950), p. 5. Como tantos otros temas, el de América —central en el pensamiento de éste— no cabe ni siquiera que intentemos abordarlo, ni tampoco indicar los numerosos textos en que se refiere al mismo. Cfr. Rafael Gutiérrez Girardot,* La imagen de América en Alfonso Reyes, *(Madrid: Insula, 1955).*

co. Radicado definitivamente en su patria, inició otra fecunda etapa de estudios y trabajos que forman una parte sustancial de su obra.

Aunque jamás regresó a la Argentina, mantuvo una relación permanente con las personas que conoció, muchas de las cuales lo visitaron o se encotraron con él en diversas ocasiones. Pero la vinculación más interesante es la que mantuvo con la literatura argentina a través de los autores y sus libros. Esta es una de las fuentes o depósitos de ejemplos a los cuales acudió innumerables veces para ilustrar los temas de sus estudios literarios. Con las letras contemporáneas tenía esa familiaridad que sólo se obtiene cuando se ha vivido en la tierra natal de los escritores, se los conoce personalmente y se ha penetrado en el mundo de las realidades, ideas y sentimientos que forman ese universo particular.

Reyes, como vimos, se había formado una exacta visión panorámica de esa literatura y se manejaba con una soltura y una seguridad sorprendentes en la estimación de épocas, libros y autores. Sus preferencias fueron Lugones, Banchs, Güiraldes, Borges y Molinari y, desde luego, las de los renovación «martinfierrista», movimiento epocal que culminaría en *Sur,* grupo al cual, como vimos, perteneció Reyes. Compartía con ellos el juicio sobre los demás autores contemporáneos, pero jamás incurrió en el agravio o la marginación, y su juicio sobre un Manuel Gálvez, por ejemplo, prueba este aserto. En cuanto a sus ensayos sobre libros y autores argentinos se hallan por doquier, a través de su extensa obra, y si hubiera que señalar un texto de excepcional belleza y acierto crítico mencionaríamos, sin vacilar, su ensayo sobre *Leopoldo Lugones,* publicado en 1938 cuando se suicidó el gran poeta argentino[50].

Los autores argentinos, por su parte, han sido justos con Reyes, y cuando murió, el 27 de diciembre de 1959, Jorge Luis Borges, que le prodigó elogios en los cuales era muy parco, le dedicó un hermoso poema; homenaje lírico que también le rindió Ricardo Molinari[51].

Reyes ha sido evocado siempre con simpatía por quienes le conocieron. Y quienes no eran inferiores en grandeza espiritual, como el novelista Eduardo Mallea, lo despidieron con palabras que daban testimonio de lo que para ellos había significado Reyes:

> Sólo estaba científicamente preparado para la exactitud, que importa el equilibrio de todos los valores de la estructura. Su mayor atributo era el espíritu de justeza.[52]

Victoria Ocampo, por su parte, se dirigía al que ya era una sombra ilustre:

> Mucho te debemos, mucho te agradecemos, mucho te queremos, mucho nos honra llamarte hermano; así nos llamas tú. Hemos nacido en las dos extremidades del mismo país que se extiende a lo largo de más de medio continente. Y porque nacen en él hombres como tú, nos sentimos obligados a no perder la esperanza, virtud teologal a menudo tan difícil en nuestra América.[53]

[50] *A. R.,* Leopoldo Lugones, OC. *XII, 147-149.*

[51] *Ambos fueron publicados, por vez primera, en el diario* La Nación *de Buenos Aires: el de Borges, el 21-II-1960: «In memoriam A. R.»; el de Molinari: «A Alfonso Reyes. Elegía», el 10-IV-1960.*

[52] *Eduardo Mallea, «Lamentación sobre Alfonso Reyes»,* La Nación *(Buenos Aires) (28 feb. 1960).*

[53] *Victoria Ocampo, «Dos amigos; Alfonso Reyes, mexicano y europeo»,* Sur *(Buenos Aires), 264 (may-jun. 1960), 5. En ese mismo número, Borges publicó «Alfonso Reyes», pp. 1-2.*

Esa condición de ciudadano principal de una sola patria hispanoamericana, la de la lengua y la cultura, que fue el magno ideal de su vida y su obra, fue reconocida en la Argentina, donde su nombre será siempre una consigna de americanismo en lo universal. Otros escritores, como Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Juan Carlos Ghiano, Carlos Mastronardi, Arturo Cambours Ocampo, Luis Emilio Soto, Raúl H. Castagnino, Emilio Carilla y Enrique Anderson Imbert, se deben mencionar en una nómina, por fuerza incompleta, de los argentinos que lo han recordado y honrado de la mejor forma posible: trabajando sus ideas y sus libros, ahondando en los temas que él abordó, siguiendo las rutas que abrió y, sobre todo, colocando su pensamiento ético y estético en el nivel de la jerarquía universal que le corresponde con justicia[54].

Para finalizar, si para Alfonso Reyes, ese modo particular de hispanoamericano que era ser argentino, llegó a formar parte de su mundo espiritual en una etapa decisiva de su biografía, para muchos argentinos el humanista de México sigue siendo nuestro maestro ejemplar.

Enrique Zuleta Álvarez

[54] *El año en que Reyes cumplió su «jubileo literario», la revista* México en la cultura *(Buenos Aires), 21. (oct-nov-dic. 1955) publicó un número especial con colaboraciones de Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Fryda Schultz de Mantovani, José González Carbalho, Luis Emilio Soto, Víctor Massuh, María Rosa Oliver, Jorge Luis Borges, Max Dickmann, Gerarda Scolamieri, Pablo Rojas Paz y Antonio Requeni. También lo recordó Arturo Cambours Ocampo en «Reyes y lo argentino»,* Clarín *(Buenos Aires) (29 may. 1960). En este año del centenario de Reyes y entre otros homenajes, destacan dos excelentes trabajos de autores argentinos: Enrique Anderson Imbert, «Teoría y práctica de la literatura»,* La Nación *(Buenos Aires) (21 mayo 1989) y Raúl H. Castagnino: «Memoria de Alfonso Reyes»,* La Prensa *(Buenos Aires, 14 mayo 1989). Otras colaboraciones de argentinos sobre Reyes, en los dos tomos de la obra ya mencionada:* Páginas sobre Alfonso Reyes.